

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**Memoria sobre algunos ejemplos  
para la transición política en la obra  
de Don Gaspar Melchor de Jovellanos**

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 18 DE MAYO DE  
1997, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR.

DON JUAN LUIS CEBRIÁN ECHARRI

Y CONTESTACIÓN DEL

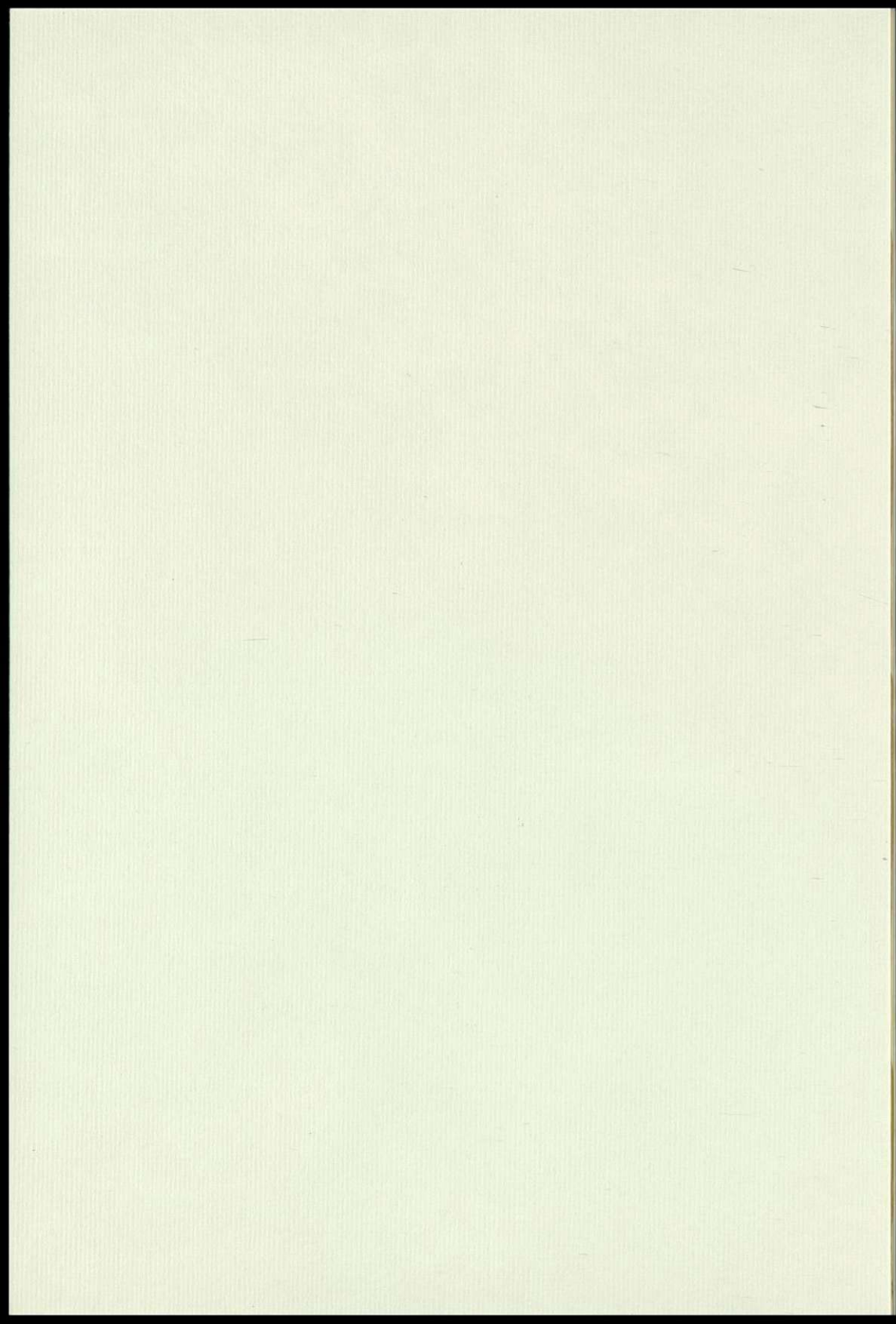
EXCMO. SR.

DON LUIS GOYTISOLO GAY



**MADRID**

1997



Memoria sobre algunos ejemplos  
para la transición política en la obra  
de Don Gaspar Melchor de Jovellanos



Memoria sobre algunos ejemplos  
para la transición política en la obra  
de Don Gaspar Melchor de Jovellanos



R.49255

Ac. Esp. II - 232

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Memoria sobre algunos ejemplos  
para la transición política en la obra de  
Don Gaspar Melchor de Jovellanos

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 18 DE MAYO DE  
1997, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR.

DON JUAN LUIS CEBRIÁN ECHARRI

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR.

DON LUIS GOYTISOLO GAY



MADRID

1997



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
Memorias sobre algunos ejemplares  
para la transcripción poética en la obra de  
Don Gaspar Melchor de Jovellanos

MEMORIA DE LA ACADEMIA  
DE LAS LENGUAS

Presentada por  
DON JUAN VILLALBA CARRANZA

Y COMPROBADA POR  
EL COMITÉ DE REDACCIÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



Depósito Legal: M-17.366-1997  
Impreso en Alef de Bronce, C.P.G., S. A.  
Ercilla, 5 - 28005 Madrid

DISCURSO  
DEL EXCMO. SR.  
DON JUAN LUIS CEBRIÁN ECHARRI



DISCURSO  
DEL EXCMO. SR.  
DON JUAN LUIS CERREÓN RIVERA

PRIMERA EDICIÓN  
AÑO 1911  
MEXICO

Señores Académicos:

**N**o pretendo que mis excusas públicas por verme hoy en este estrado sean confundidas con la humildad de la que carezco. Pero quienes me conocen saben que entre las ambiciones legítimas que he perseguido no se encontró nunca la de ingresar en esta docta casa. Y no porque no me ilusionara la idea, sino porque veo a esta Institución tan encumbrada en el reconocimiento de nuestros conciudadanos, y tan arraigada en la historia de nuestro país, que no podría creerme yo ni con los méritos ni con los apoyos necesarios para aspirar a ocupar uno de sus sillones. Sin embargo, héteme aquí gracias a la generosidad y a la sensibilidad de vuestro espíritu, que os ha animado a aceptar entre los académicos a representantes del periodismo.

Ha habido, y hay, muchos grandes periodistas en la Academia. No obstante, la mayoría de ellos, si no todos, merecieron su designación en honor a otros atributos, sin duda más excelsos que el de su trabajo de gacetilleros— y empleo el término exento de cualquier sentido peyorativo —. ¿Cómo evitar así la cita de algunos de mis colegas que hoy me honran con su acogida y cuyos nombres, inscritos para siempre en la historia de



las letras hispanas, están también ligados a la de la prensa? Es el caso de Mario Vargas Llosa, al que tuve la fortuna de suceder hace más de tres décadas en su puesto de redactor meritorio de la Agence France Presse, entonces ubicada en un vetusto edificio de la Plaza de la Bolsa parisina. Muchas veces he soñado con la eventualidad de que aquella vieja silla de madera que ambos ocupamos frente al mismo pupitre hubiera podido transmitirme algo del ingenio y la magia que Mario ha desarrollado a lo largo de su vida. También he de referirme a Miguel Delibes, director de periódicos tanto o más que autor de ficción; a Luca de Tena, un apellido cuyo lustre se debe a las contribuciones por esa familia hechas al diarismo hispano; o a Gonzalo Torrente Ballester, que durante años ejerció la maestría de la crítica teatral y de la columna de opinión. A él y a Cela los conocí de niño, en el ambiente extraño, pero familiar para mí, del periódico que dirigiera mi padre, de quien sin duda aprendí, y todavía aprendo, las mejores lecciones profesionales y de rectitud moral que haya recibido en mi vida. De modo que no es ninguna novedad este encumbramiento académico de los periodistas, y eso sin tener en cuenta la asiduidad con la que otros eligen los diarios como soporte preferente de sus escritos. Son tan obvios los ejemplos que prefiero no cansarles con ellos. Pero no podía dejar de expresar mi alegría por el hecho de que conmigo, como con Luis María Ansón, el periodismo y los medios de comunicación en general, en su versión más sucintamente profesional y artesana, hayan sido elevados a la categoría académica y sea reconocida así su importancia en el complejo entramado de la cons-



trucción y mantenimiento de nuestro lenguaje. También, e inevitablemente, en el de su deterioro.

Quiero por eso manifestar mi gratitud una vez más, y muy vivamente, a los señores académicos que me hicieron el honor de presentar mi candidatura. Con ello han dado prueba de su magnanimidad y aun de su audacia, pues ya sabían la inevitable polémica que arrastra consigo todo lo relacionado con lo que ahora da en llamarse el mundo mediático. Y pareja gratitud deseo mostrar a cuantos con su voto respaldaron esa iniciativa y, en general, a todos los académicos, pues todos me habéis acogido con los brazos abiertos.

La fortuna ha querido que suceda en el sillón "V" a un admirado maestro de todos nosotros. Me refiero, claro está, a don Emilio García Gómez, que durante décadas ocupó el asiento hoy destinado para mí y con quien durante muchos años tuve el placer de compartir las tareas de administración de uno de los medios de comunicación más populares de nuestro país: la Sociedad Española de Radiodifusión. No voy a descubrir ahora la importancia de don Emilio en la historia de la lingüística española ni sus aportaciones al estudio de la influencia árabe en el castellano. Son proverbialmente conocidas sus investigaciones sobre el poeta Ben Quzmán y su contribución al estudio de las *jarchas* y al del significado de la poesía árabe española en la literatura medieval europea. Perteneciente por propio derecho a la generación del 27, García Gómez volcó su sentimiento poético en su quehacer científico. Como muy bien ha señalado don Rafael Lapesa, se esforzó en proporcionarnos una "traducción rítmica" de los zéjeles, atento a "fijar el texto, métrica y ritmo", y a traducirlos siguiendo el mismo o



parecido esquema sonoro en castellano, “para lo cual busca —y encuentra— ejemplos en la lírica española, ya sea en la antigua, ya viva todavía en la tradición popular”. Ocupante de la cátedra de Lengua Árabe de la Universidad de Granada en 1930, la vida de García Gómez vendrá marcada desde entonces por un extraordinario amor a esta villa, “la ciudad que más he amado —en sus propias palabras— y en la que quiero aguardar la trompeta del juicio”. Embajador de España en Irak, Líbano y Turquía, director de la Real Academia de la Historia, eficaz editor de la revista *Al-Andalus*, premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1992, don Emilio supo en todo momento combinar los merecidos honores públicos de que tantas veces fue objeto con una discreta sencillez en sus costumbres. También es famosa la claridad de sus criterios en las cuestiones generales, sin duda aprendida de su maestro Ortega y Gasset. Entre los orteguianos, era probablemente él quien encarnaba con más y mejor galanura el sentido del humor y la independencia de espíritu que siempre acompañaron a nuestro gran filósofo. Un pensamiento claro se ve siempre enriquecido por el afilamiento del lenguaje. De ambas cosas andaba sobrado don Emilio, al que la naturaleza dotó además de una sonora voz, quizá por compensarle aquella pertinaz sordera que tanto le hacía sufrir. “De los ciegos todo el mundo se compadece — me confesaba un día con un irónico deje de amargura— pero de los sordos lo normal es que se rían. No se dan cuenta de cuánto sufrimos con nuestra deficiencia”. Nadie pudo nunca reírse de García Gómez, que fue uno de los pocos sabios reconocidos por todas las Españas, pero muchos en cambio tuvimos la fortuna de reírnos con él, pues era un conversador inagotable y



un contador de historias como pocos han existido. Distinguido por la Corona con el título de "Conde de los Alijares", sus restos reposan, a la espera de los clarines del último día, sobre las ruinas del palacio del mismo nombre, en el cementerio granadino de San José. Pero su ausencia entre nosotros sigue siendo lacerante y es deber que asumo como propio transmitir a las generaciones venideras el reflejo de su ejemplo y de su sabiduría.

El sillón "V" iba a depararme alguna sorpresa más. Para él fue elegido, en 1927, don Antonio Machado, que nunca llegó a ocuparlo por recónditas razones sobre las que ha especulado, y muy bien por cierto, el poeta Ángel González en su reciente discurso de ingreso aquí mismo leído. Ningún español podría mostrarse insensible a la emoción que produce verse alistado en un elenco junto a este monstruo de nuestras letras, que supo combinar la agudeza de su conocimiento y su ejemplar preocupación ética con la explosión de hermosura que sus obras concitan. Hoy acepto esta terrible prueba para mi vanidad, comprendiendo la responsabilidad aneja que conlleva. También en la misma sede aposentó sus reales durante años don Gaspar Melchor de Jovellanos, y es precisamente tal circunstancia la que finalmente me ha decidido a abandonar mi primera intención de dedicar este discurso a la persona y obra de Mariano José de Larra, representante epónimo, donde los haya, del periodismo hispano. Fígaro reúne, en efecto, tanto en su obra como en su biografía, las más atractivas características a la hora de analizar las relaciones entre el poder, la sociedad y la prensa, tema al que he dedicado no poca reflexión a lo largo de mi vida. Fue un escritor a la vez castizo y universal, un ilustrado a la española y un neurótico de mucho cuida-



do, rasgos todos ellos muy útiles si yo hubiera querido aprovecharlos para decir algo no sólo del periodismo, sino también de los periodistas. De modo que era grande la tentación de adentrarme en las páginas de *El Pobrecito Hablador* en ocasión como la que hoy vivimos. Pero la figura de Jovellanos, ocupante temprano de la "V" que hoy heredo, me reclamaba desde esa inquietante expresión que muestra en el famoso retrato de Goya. ¿Cómo no sucumbir a su embrujo? Me tocaba suceder, al cabo de doscientos años, al mejor y más representativo miembro de nuestra Ilustración. Un reformista y un modernizador, palabras que todavía suenan como símbolos de rebeldía en esta España tan proclive a resistirse al progreso. Un sano espíritu liberal, que hizo compatible la moderación de sus convicciones con la energía a la hora de defenderlas frente a los ataques de la envidia y el odio. Demasiadas coincidencias con nuestra historia reciente, y me temo que aun con la por venir, para no usar de ellas. De modo que decidí no resistirme más e inmiscuirme durante algunos meses en la reflexión proteica, abrumadora, de este ilustre asturiano cuya contribución a la libertad y el bienestar de nuestro país es conocida de todos, aunque no sean hoy tantos los que se acerquen a su abundante legado literario.

\*

La dificultad inmediata, y formidable, con que se encuentra quien pretende adentrarse en la obra de Jovellanos es su considerable tamaño. Don Gaspar fue un grafómano, a juzgar por su incontenible dedicación a la escritura, y su vocación de universalidad, como la de cualquier



ilustrado de la época, le llevó a cultivar los más variados géneros literarios y a desarrollar un interés inusitado por las disciplinas más dispares. El segundo, y no pequeño, obstáculo resulta de la profusión de estudios y monografías que sobre él se han publicado, a comenzar por los que hicieron sus contemporáneos como Ceán Bermúdez. De esta abundancia se deriva un verdadero exceso de información, pese al cual siguen abiertas muchas incógnitas en torno a la vida de tan insigne ciudadano. No es la menor la que se refiere a las circunstancias y motivos que causaron su alejamiento del Ministerio de Gracia y Justicia, a los pocos meses de ocuparlo, y su posterior destierro y prisión en la isla de Mallorca. Esta peripecia personal y su Informe sobre la Ley Agraria han determinado más que ninguna otra cosa la popularidad creciente, a lo largo de los siglos, de un español de características tan originales en su comportamiento y en su obra que son difíciles de clasificar en el habitual catálogo de la zoología ibérica. Sus especiales dotes le llevaron no sólo a la elaboración de teorías económicas o jurídicas, sino a la experimentación de sus capacidades como organizador y gestor. Su inquietud manifiesta por el conocimiento le condujo a prestar atención a las más variadas cuestiones. Fue un crítico de arte encomiable, un jurista respetado, un naturalista experto, un concienzudo funcionario y un economista de talento. Su obra poética y como dramaturgo no mereció gran elogio de sus coetáneos ni la atención de los siglos posteriores, pero sirve para que algunos le consideren el precursor del romanticismo español. Su efímera y fracasada carrera de político, su azarosa prisión y su amargo final son ejemplos durables del destino fre-



cuenta que aguarda en nuestro país a los hombres de su especie.

Jovellanos es uno de los primeros intelectuales, en el sentido moderno de la palabra, que habita las páginas de nuestra historia. Un intelectual no es sólo alguien respetado por su sabiduría o dedicado al arte o a las ciencias del espíritu. El intelectual es consciente de su misión, transformadora o no, respecto a la sociedad en que se integra. No basta, por eso, pertenecer a las clases cultas para merecer semejante nombre. Es preciso militar abiertamente —por solitaria y única que sea esa militancia— en la categoría de quienes quieren influir en el mundo que les rodea. Dicha vocación de influencia, y de influencia consciente, es lo que distingue a los intelectuales del resto de los eruditos y lo que hace que algunos autores como Bergel<sup>1</sup> los comparen con las órdenes religiosas. Según él serían como monjes secularizados: provienen de todas las clases sociales, y su *estatus* tiene que ser conquistado individualmente, no puede ser transmitido ni heredado<sup>2</sup>. Desde luego Jovellanos algo de monje tenía, a lo menos si hemos de juzgarle por su hirsuta moralidad.

Es frecuente confundir o equiparar a los intelectuales con la oposición política; no con la alternativa a tal o cual partido, sino con una contestación radical a la estructura jurídica y social, a la que por otra parte pertenecen. Pero es una injusticia incurrir en tal equívoco. Los intelectuales son la conciencia crítica de la sociedad, no una

---

<sup>1</sup> *Social Stratification*, Nueva York, 1962.

<sup>2</sup> Helmut Schoeck, *Diccionario de Sociología*, Barcelona, Ed. Herder, 1973.

nueva y diferente opción de gobierno. Jovellanos participó en gran medida de estas características y sus contradicciones se agigantaron por las dificultades que encontraba para acomodar esa conciencia crítica, a veces expresada de forma radical e inmisericorde, con las necesidades de su rango o con su pragmático posibilismo. Como hombre de estado superaba con mucho a cualquiera de sus concurrentes, amigos o enemigos, pues gozaba de una fortaleza ética que le convertía en incombustible frente a las intrigas de sus adversarios. Pero la misma firmeza de sus criterios le hacía insoportable el yugo del compromiso, la renuncia, y aun la humillación que comporta el ejercicio del poder. Decidido a romper con el despotismo ilustrado de la época, su talante innovador y su celo contrarrevolucionario dotaron a toda su existencia de una condición cuasi dialéctica, premonitória en muchos aspectos de las tensiones violentas y visibles que acumuló el devenir de España durante el siglo pasado. Algunos han querido ver en él la redención de su tiempo: la explicación de que nuestro dieciocho no fue una centuria absorta y raquíica, por comparación a la gran época del Siglo de Oro, y en la que apenas la figura ejemplar de Feijóo y el sobresaliente reinado de Carlos III emergen de entre los achaques de un imperio cuya decadencia corría pareja a la de la capacidad crítica e imaginativa de sus súbditos. Estimo un abuso adjudicar a Jovellanos la grandeza de ser un hombre de su tiempo —al que habría contribuido a enaltecer— si el precio es rebajarle sus méritos como precursor. Él fue alguien a caballo entre dos siglos, avisador, incluso contra su voluntad, de lo que habría de suceder inmediatamente después de su muerte. Preocupado como pocos por los



cambios acelerados que experimentaba el mundo, parecería que su tributo a la nueva edad, su disposición a la mudanza, se debieran sobre todo a sus deseos de salvar, aunque no a cualquier precio, la herencia del pasado que veía amenazada. Encarnó, quizás antes que nadie, la idea de transición y fue víctima de ella.

Católico ferviente, fue perseguido por la Inquisición y detestado por el clero, del que abominaba, con las lógicas excepciones del obispo Tavira y otros presbiteros de su afecto. Monárquico leal, nunca se avino a la vida cortesana ni recibió de esta sino sinsabores, intrigas y amenazas. Murió abandonado de sus amigos, que no supieron resistir como él la tentación del Ministerio de José Bonaparte. La tutela de su honor y la lucha por sobrevivir consumieron sus últimos años, aciagamente vindicados en documentos como el que redactó en defensa de la Junta Central. Y hasta los elementos de la naturaleza terminaron por confabularse contra su persona en el interminable y último viaje de regreso a su Gijón natal, de cuyos predios fue expulsado por la presencia de los ejércitos franceses, yendo a morir de manera azarosa durante esta postrer huida.

Algunos piensan que todo cambio en el devenir político, toda exitosa innovación en el gobierno de un país, constituye una transición entre dos etapas históricas. Lamentable equivocación. Las transiciones políticas marcan, de manera difusa y acompasada, las fronteras entre dos periodos bien diferenciados, normalmente entre dos regímenes. Son momentos de tribulación, de arrancadas y frenazos, en la conocida expresión británica. Se ubican en el mundo incierto de la búsqueda de una nueva identidad



por parte de los pueblos. Un recambio en el poder, una crisis gubernamental, la formación de un nuevo gabinete, no constituyen una transición. Antes al revés: los protagonistas de las dos etapas vitales que un fenómeno de transición encadena son con frecuencia los mismos; gentes que participan de una ambivalencia de criterios, y que experimentan una verdadera agonía interior entre dos mundos diferentes y encontrados que intentan sobrevivir en su espíritu. Sus dudas no implican deslealtad ni sus vacilaciones falta de firmeza, sino el empeño, quizás imposible, de conciliar valores contrapuestos y reunir caminos divergentes sin abdicar de la memoria colectiva. No creen que la evolución tenga que construirse a base de traiciones pero respetan la fragilidad humana, su versatilidad, propia del barro que le dio la vida.

Es precisamente ese carácter de "hombre de transición", cuyo fracaso vital es sólo comparable a su suceso histórico, el que nos devuelve de manera constante a Jovellanos a lo largo de los últimos doscientos años. La contienda mantenida por él, entre tradición y modernismo, entre conservación y cambio, es algo todavía familiar para los españoles de hogaño. No respondía, ni en su comportamiento ni en sus ideas, a los clichés típicos que definen el carácter del alma hispana. No fue una persona apasionada, sino prudente y aun medrosa, y no tenía fibra de héroe. Era en muchos aspectos, incluido el sexual, un antidonjuán. Cambió la brillantez de su prosa por la eficacia de su pensamiento, y cultivó la amistad y la solidaridad frente al individualismo y la envidia que suelen pregonarse del genio ibérico. Fruto de ello, y de su dedicación a la escritura durante los ratos de ocio, es su extensísimo epis-



tolario, hoy clasificado gracias al devoto esfuerzo del profesor Caso González. Las cartas de Jovellanos, como sus *Diarios*, son piezas inestimables no sólo para conocer su pensamiento, sino para adentrarse en la vida y las costumbres españolas del siglo XVIII, como así lo pusiera de relieve Julián Marías en el prólogo a la antología que editó Alianza Editorial<sup>3</sup>. Junto a ello, sus numerosos informes y memorias ante las diversas Academias en las que figuró, incluida la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País —a la que también me honro en pertenecer— constituyen un *corpus doctrinae* formidable y fecundo, aunque de difícil penetración debido a la frondosidad, en ocasiones bastante espesa, de ese bosque de ideas. Es preciso reconocer que la lectura de Jovellanos, si no es en extractos o resúmenes, se convierte a ratos en algo insufrible, debido muchas veces a la minuciosidad superflua de sus observaciones, sólo comparable a aquella de la que hacen gala los muchos eruditos que se han acercado al estudio de su obra. Sus calidades en el teatro o la poesía desmerecen frente a la eficacia de sus ensayos, sean éstos en forma de memoria o de carta. Pero una vez traspasado el umbral de la primera dificultad, la dureza inicial del empeño acaba endulzada por las muchas y sugerentes ideas que se desprenden de sus escritos, frutos germinales de una pluma vigorosa, socarrona, y aun bienhumorada en muchas ocasiones, sutil en sus conceptos y contraria a la verbosidad.

---

<sup>3</sup> Jovellanos, *Diarios (Antología)*, 1967.

En alguna ocasión oí de labios de Jorge Luis Borges su queja por el hecho de que fuera él tan popular como literato: "Yo nunca he aspirado a que me conocieran por lo que he escrito, sino por lo que he leído. Si he sido algo en la vida, he sido un gran lector". Bien pudiera haber dicho algo semejante don Gaspar Melchor de Jovellanos pues, cualquiera que sea la valoración que merezca su herencia literaria, es consecuencia de una enorme erudición y de una cultura amplísima. Algo lógico si se tiene en cuenta que el propietario de ambas virtudes fue también el primero y más grande impulsor, en toda nuestra historia, de la Educación como elemento de progreso y desarrollo para los pueblos. Las citas que hace Jovellanos respecto a las lecturas que le acompañan en cada momento nos permiten saber que manejó con frecuencia a Rousseau —algunos le acusaron de rousseauiano, pese a sus muchas discrepancias con el autor del *Emilio*—, a Condorcet, a D'Alambert, a Montesquieu, a Lacaille y a Buffon, antes de adentrarse en la cultura británica, fundamentalmente en Adam Smith y Locke, que cultivó en su madurez en gran parte gracias a la amistad y el apoyo de lord Holland. Anteriormente se había instruido en los clásicos, tanto latinos como castellanos. Pero no es cosa de recapitular aquí sus conocimientos sino de ponerlos de relieve, como síntoma y requisito de su compromiso intelectual.

Siendo tan abundante y dispersa su obra, mi propósito se ciñe aquí y ahora a contemplar tres aspectos muy concretos, ilustrativos del talante modernizador del personaje. Son cuestiones que mucho tienen que ver con la actualidad de nuestros días o con mi condición de



periodista y de profesional dedicado a los medios de comunicación: su actitud hacia la mujer, que le ha merecido el apelativo de feminista; la *Memoria sobre los Espectáculos Públicos*, de rabiosa vigencia en un mundo cada día más gobernado por Hollywood; y su frustrado intento de publicar un periódico económico. Del análisis, obligatoriamente somero, de estos temas emergerá la figura de Jovellanos como precursor y como hombre de transición, prendas por las que tuvo que pagar un alto precio.

## 1. UN FEMINISTA A SU MANERA

En un breve ensayo de Junceda Avello, publicado hace años por el Instituto de Estudios Asturianos, he encontrado formulada con mayor precisión que en ningún otro lugar la interrogante sobre la condición sexual de Jovellanos. ¿Cuál fue el motivo de su obstinada soltería? Sus amores fueron escasos y poco conocidos, pero su mundo parece en muchas ocasiones influido de manera extraordinaria por la femineidad. Son muy pocas, en cualquier caso, las noticias sobre su comportamiento erótico y esta ausencia de información permite suponer que su libido era tan poco exaltada como su pensamiento, lo que ha llevado a algunos a sugerir que padecía algún tipo de impotencia. Nada hay que permita afirmarlo y está probado que mantuvo relaciones más que ocasionales con algunas damas a las que convirtió además en destinatarias de sus odas. Confusas son las informaciones sobre el supuesto hijo natural que tuvo, y que algunos autores atribuyen a

su hermano. El profesor Caso afirma con rotundidad que nació en 1782 fruto de una aventura con una novia alemana<sup>4</sup>. Por lo demás, la descripción que de don Gaspar tenemos a través de los retratos de la época y de comentarios de sus coetáneos nos lo presenta como alguien extremadamente apuesto, delicado en sus formas y bastante atento hacia sí mismo. Dícese que llegó a poner de moda un tipo de peinado que consideraba que le favorecía, y que le obligaba a dormir boca abajo. Su obra trasluce una especial relación con las mujeres, sean familiares o amigas, una camaradería indudable para con ellas y una comedida atracción por su hermosura que no le evita el uso de expresiones poco lisonjeras. Hasta el punto de llegar a decir de Ramona, hija de la marquesa de Villadangos, que era "tan amable y majestuosa que no he visto fea que más interese". Si unimos a eso sus sólidas convicciones y su preparación de jurista, comprenderemos que defendiera posiciones muy parecidas a las que mantuvieron los feministas de su tiempo, aunque también en esto fuera pasto de las contradicciones y excusas que alumbraron todo su quehacer.

Cuentan que, interrogado por una periodista, don Ramón María del Valle-Inclán contestó en cierta ocasión: "¿Feminista yo? Señorita, yo lo que soy es mujeriego". Esto que podríamos denominar "machismo galante", género vecino al esperpento y del que serían

---

<sup>4</sup> *Introducción a la Antología de Jovellanos*, Madrid, Ed. Castalia, 1988, y *Vida y obra de Jovellanos*, Ed. El Comercio, 1984.



hoy buenos exponentes Camilo José Cela o Francisco Umbral, tiene desde Quevedo gran arraigo en nuestra literatura y el propio Jovellanos pareció sucumbir a su influjo en un famoso epigrama en el que dice textualmente:

*Pregúntame un amigo  
cómo se habrá de hoy más con las mujeres  
y yo a secas le digo  
que, bien que en esto hay varios pareceres,  
ninguno que llegase a conocellas,  
podrá vivir con ellas, ni sin ellas.*

No obstante, su formación jurídica acabaría por vencer sobre su hálito literario. De modo que se vio repetidamente embarcado en la defensa, si tímida inequívoca, de los derechos de la mujer, en línea con los adelantos que por aquella época se experimentaban en Francia —de los que Condorcet era entusiasta promotor— y con la doctrina ya defendida abiertamente en nuestro país por Feijóo y Campomanes. Existen varios textos demostrativos a la hora de juzgar esta orientación de don Gaspar en una cuestión que desde siempre ha constituido símbolo de las vanguardias y bandera del progreso. En primer lugar, el *Informe sobre el libre ejercicio de las artes*. Después, su Memoria, leída en la Sociedad Económica de Madrid, sobre si debían admitir o no en dicho círculo a las damas. Y, por fin, su sátira “contra la tiranía de los maridos”, publicada en el *Diario de Madrid* en 1798.

En el primero de los documentos, datado en 1785, Jovellanos aborda directamente el derecho al trabajo de

las mujeres <sup>5</sup>. Se discutía —como todavía muchos hacen ahora— si la legislación debía permitir o no que desempeñaran determinadas profesiones y oficios de excepcional dureza o poco recomendados para ellas. Lleva entonces a cabo un alegato contra el uso de la fuerza por parte de los hombres a fin de someter al sexo femenino. “Nosotros —sostiene— fuimos los que contra el designio de la Providencia las hicimos débiles y delicadas. Acostumbrados a mirarlas solamente para nuestro placer, las hemos separado con estudio de todas las profesiones activas, las hemos encerrado, las hemos hecho ociosas, y al cabo hemos unido a la idea de su existencia una idea de debilidad y flaqueza”. Pese a eso, pone de relieve que en muchos pueblos “las mujeres se ocupan en las tareas más duras y penosas; donde aran, cavan, sierran y rozan; donde son panaderas, horneras, tejedoras de paños y sayales; donde conducen a los mercados distantes, y sobre sus cabezas, efectos de comercio; y, en una palabra, donde trabajan a la par del hombre en todas sus ocupaciones y ejercicios”. La conclusión es que la ley no debe establecer limitaciones al trabajo de las mujeres, que ellas mismas se han de bastar para seleccionar, y dice textualmente que la excepción que pueda existir “lejos de fijarla o declararla por medio de un reglamento es más conveniente abolirla del todo”.

La admisión de señoras en las sociedades económicas, y más concretamente en la Matritense, representa un

---

<sup>5</sup> Durante el siglo XVIII se produce en toda Europa la gradual expulsión de las mujeres de los gremios. Véase *El trabajo de las mujeres en la Historia*, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, 1985, pág. 70.



hito en la historia de los movimientos feministas de nuestro país. Se produce a iniciativa del rey Carlos III y como consecuencia del otorgamiento del doctorado en filosofía por Alcalá a doña María Isidra de Guzmán y Lacerda, hija de los condes de Oñate. Era éste el primer título que concedía nuestra Universidad a una fémina. El acto de investidura se celebró a bombo y platillo, hasta el punto de que la damita, que a sus diecisiete años leyó una tesis sobre Aristóteles y se examinó en cinco idiomas, llegó al estrado sobre una silla de manos en medio de un cortejo abierto por tropas de caballería y de a pie. Habida cuenta de la posterior escasa relevancia intelectual de la graduada, no son pocos los que piensan que todo aquello se trataba de un montaje amañado por el monarca con la complicidad de Floridablanca, animados ambos del sano propósito de favorecer con ese ejemplo la incorporación de las mujeres a los trabajos sociales. En aquella época un altísimo porcentaje de ellas, independientemente de su clase o condición, eran analfabetas y estaban destinadas únicamente a las tareas domésticas, cuando no llevaban a cabo además duros trabajos en el campo o en la industria. Doña María Isidra fue la primera candidata a ingresar en la Matritense, desafiando la desabrida polémica que se desató entre sus miembros. Jovellanos se erigió en abogado de esa revolucionaria causa frente a la oposición cerrada y cerril de uno de sus mejores amigos, y uno de los más grandes ilustrados del siglo, don Francisco Cabarrús. Que éste, creador de la economía moderna en España, defensor del divorcio y padre de familia nada convencional, adoptara semejante línea sólo pone de relieve la confusión en la que se desenvolvían aquellos debates sobre cuestiones básicas



para la convivencia. Confusión de la que Jovellanos resultaba también víctima a la hora de esgrimir sus argumentos en pro del templado feminismo del que hacía presunción. Se sometía a votación, en definitiva, si una vez admitidas las damas en la institución podían o no acudir a sus Juntas pues, en palabras de Cabarrús, “vendrían a perder en ellas parte del tiempo que les sobra”. “¿Y para qué se las invita? —añadía el orador— ¿para escribir memorias sobre asuntos que requieren conocimientos de que carecen, o especulaciones prácticas que no les es decente adquirir?”. Jovellanos se enfrentó al tema con su estilo didáctico y racionalista: “No atino —dice— cómo se han podido separar estas dos cuestiones, a saber, admisión y concurrencia. Abrir con una mano las puertas de esta sala a las señoras y con otra impedir la entrada sería cosa ciertamente repugnante” [...] “Si admitimos a las señoras no podemos negarles la plenitud de derechos que supone el título de socios” —concluye—. Pero enseguida le flaquean las fuerzas en el silogismo cuando, a continuación, señala: “Yo supongo que no admitiremos un gran número de señoras. Esto conviene, y esto está en nuestra mano... Siendo pocas, siendo escogidas, no siendo fácil que todas se reúnan en un mismo día, ¿qué mal podrán hacernos? Pero qué digo: ¿quién no ve que nos harán un gran bien? [...] ¿A quién fueron nunca ingratas sus alabanzas? ¿Quién es el que desdeña sus aplausos? Yo invoco a los hombres de todos los siglos, a todos los literatos, a todos los filósofos, al mismo Catón, que me digan si los vivos halagüeños de esta bella porción de la humanidad les han sido alguna vez desagradables”. Nuevos y obvios ejemplos de ese machismo galante del que antes avisara y que



tanto ha contribuido a obstaculizar, y continuará haciéndolo todavía, la plena integración de las mujeres en la sociedad española.

Años más tarde, ya en el Ministerio, Jovellanos tendría nueva oportunidad de pronunciarse abiertamente sobre la igualdad de los sexos, con ocasión de los pleitos matrimoniales entre don Eugenio de Guzmán Portocarrero y Palafox, hijo de la condesa de Montijo, y su esposa doña María Ignacia de Idiáquez. Lo hizo, eso sí, bajo seudónimo y en forma de sátira que sólo los entendidos eran capaces de descifrar. Podía ya pesar en su espíritu el sinnúmero de conspiraciones de que había sido víctima, entre otras un intento de envenenamiento, y su deseo de no dar pistas a la Inquisición y al resto de sus enemigos acerca de sus verdaderas convicciones que, antes o después, se habrían visto encarnadas en decisiones legislativas. Jovellanos se muestra esta vez más contundente que nunca:

*...¿quién te ha dado, bárbaro, ese imperio  
que tan altivo ostentas? ¿Quién? ¿Natura,  
alma Natura? No, sus sacras leyes  
no distinguen de sexos...*

Para continuar más adelante:

*Hizo el hombre servir de luengos siglos  
a su loca ambición sus nobles prendas,  
subyugó al sexo débil, degradóle,  
y, haciéndole su esclavo, su belleza,  
su preciada belleza, sus encantos,  
el premio del sudor y la fatiga,*

*diéronse a la violencia, y aún su vida  
fue un gratuito don de su tirano.  
Hizo más: autorizó en sus leyes  
su usurpación; el galo y el asirio  
en sus códigos mismos imprimieron  
al sexo ya abatido el sello torpe  
de su esclavitud mísera e infame.*

Y termina la sátira con aquellos conocidísimos versos en los que el poeta se dirige abiertamente al Consejo de Castilla, cuerpo legislativo del reino, bajo el nombre de "sacerdotes de Temis":

*Tiembla la triste esposa en la presencia  
del sañudo tirano, que mil muertes  
en su aspecto fulmina, clama, llora,  
busca asilo en sus hijos, que mil veces,  
ministros del rigor de su enemigo,  
se burlan de su lloro y de su ruego.  
¿Y puede esto sufrirse? Sacerdotes,  
sacerdotes de Temis, a vosotros  
os toca desterrar tamaño insulto  
contra Natura y sus sagradas leyes.  
Apartad de nosotros este oprobio,  
resto de nuestras bárbaras costumbres,  
y haced que se respeten mutuamente  
los que una vez unió sacro himeneo.*

Creo que las citas escogidas muestran una progresión evidente en el pensamiento de Jovellanos en torno al papel



de la mujer. Desde el cortejo galante, en el que se enmarca nuestra antigua y discutible tradición del piropo, hasta la hispida crítica contra el abuso viril. Es evidente que en este, como en tantos otros puntos, don Gaspar sufría la confusión dialéctica entre las exigencias de la educación adquirida, lo que había mamado, por decirlo a las claras, y las de su ambición de construir un sistema de convivencia basado en la razón y en el derecho. En cualquier caso, la lucha por la liberación de la mujer suele acompañar la mayoría de los momentos revolucionarios de la moderna historia de la Humanidad. Naturalmente sus protagonistas son víctimas frecuentes del exceso utópico y del radicalismo violento que toda revolución conlleva. De modo que no es fácil para algunos distinguir hoy entre un requiebro y el acoso sexual, aunque no cabe duda de que no pueden ser sinónimos en nuestra lengua. Probablemente Jovellanos tampoco las tenía todas consigo cuando imaginaba las consecuencias para los hombres de la incorporación de la mujer a un mundo gobernado por ellos, y trataba de consolarse pensando que los efectos serían amortiguados por la propia debilidad histórica del otro sexo. Pero, por lo mismo, abominaba que se abusara de él, pues intuía que tardaría en fortalecerse lo suficiente como para que constituyera un peligro. Dos siglos después, las actitudes de muchos intelectuales progresistas no resultan muy diferentes. Convencidos de la necesidad de promover la igualdad entre los sexos, se muestran —¿nos mostramos?, ¿soy yo un intelectual, soy progresista?— dubitativos y recelosos a la hora de poner en práctica las mínimas determinaciones que avalen la sinceridad de tan noble pretensión.

Salvo la sátira contra el marido infiel, los otros textos de Jovellanos aquí leídos son anteriores a los más famosos de



Condorcet acerca del mismo tema en el *Ensayo sobre las Asambleas Provinciales y Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*. Si el malogrado barón es hoy considerado universalmente como uno de los primeros feministas de la historia no veo dificultad alguna en que don Gaspar comparta ese privilegio. Sus cogitaciones no resultan muy diferentes a las del francés, aunque éste dotara de un sentido político más definido a sus reclamos. Condorcet insiste en que el origen de la desigualdad entre sexos no es otro que el abuso de la fuerza “y ha sido inútil que luego se haya tratado de excusarla con sofismas”, pero también sucumbe a las mismas contradicciones que el polígrafo asturiano cuando sugiere que “si los hombres se reservan todos los empleos, todas las preocupaciones ajenas a los cuidados domésticos, con más razón las mujeres han de ser instruidas de manera que puedan educar a sus hijos y gobernar la casa”. Los meandros cerebrales de Jovellanos le conducían con frecuencia a insospechadas y no queridas conclusiones, aparentemente opuestas a su talante innovador y liberal. En palabras de Ángel del Río, “todas sus ideas eran modernas, pero amaba lo antiguo”<sup>6</sup>. Este comportamiento no constituía una excepción en los tiempos que corrían. Tampoco en los que nosotros vivimos. La lucha por la liberación de la mujer —a la que se entregaron algunas féminas en la temprana hora de la Revolución Francesa—<sup>7</sup> sigue siendo una asignatura pendiente de las actuales sociedades desarrolladas. La división del trabajo en razón de las diferencias sexuales ha sido abolida por las cons-

---

<sup>6</sup> *Introducción a la Antología de Jovellanos*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

<sup>7</sup> El primer gran manifiesto feminista es la *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, Mary Wollstonecraft, 1792.





tituciones democráticas pero permanece vigente en muchos aspectos, debido a la presión ambiental y a la organización de las familias. Contra las opiniones de los ilustrados del siglo XVIII, siempre he pensado que no es a las mujeres, sino a los hombres, a quienes hay que educar para que esa igualdad sea posible en la práctica. El empleo de la fuerza es uno de los motores de la historia cuando ésta se empeña en poner la marcha atrás. La esclavitud del débil —débil por raza, por sexo, por patrimonio o por edad— no ha sido desterrada. Han tenido que pasar siglos antes de que el derecho al divorcio se viera refrendado por las leyes de nuestro país y todavía se discute acremente sobre otras cuestiones relacionadas con la libertad sexual de los humanos. De modo que, en algunos aspectos, la transición iniciada por los ilustrados no ha llegado todavía a su meta.

## 2. EL REGLAMENTO DE LA FELICIDAD

“El estado de libertad es una situación de paz, de comodidad y de alegría; el de sujeción lo es de agitación, violencia y disgusto; por consiguiente, el primero es durable, el segundo expuesto a mudanzas. No basta, pues, que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos, y sólo en corazones insensibles o en cabezas vacías de todo principio de humanidad y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar a lo primero sin lo segundo”. Quizá sea la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas*, que Jovellanos redactara por encargo de la Academia de la Historia, el texto más estimulante y moderno de cuantos salieron de su temblorosa mano. Es además, y

sin lugar a dudas, uno de los que mereció mayor atención por parte de su autor y el mejor exponente de la calidad y claridad indiscutibles de su prosa. Se muestra en este documento absolutamente contrario al abuso reglamentista, típico del despotismo ilustrado, que trataba de ordenar la vida social mediante un exceso normativo, tan arbitrario en sus decisiones como caprichoso en su fundamentación. Algo que no ha de extrañarnos cuando la manía intervencionista sigue siendo el atributo de los burócratas. Hay desde luego una enorme y admirable ingenuidad, una especie de "*naïveté* rousseauniana" en su defensa de la libertad como respuesta unívoca y solución casi mágica para las cuestiones de la convivencia social. Enarbolada no sólo como principio, sino también y sobre todo como receta, la libertad pierde sus atributos de utopía, su absoluta esencialidad, para convertirse nada más que en un método todavía endeble de organización. Aunque no lo cita expresamente, porque no lo conceptualiza, Jovellanos evidencia además una proclividad a la defensa del mercado y del funcionamiento autónomo de las fuerzas sociales, al menos en lo que respecta al disfrute de sus diversiones. "...Han nacido infinitos reglamentos de policía —señala— no sólo contrarios al contento de los pueblos, sino también a su prosperidad, y no por eso observados con menor rigor y dureza. En unas partes se prohíben las músicas y encerradas, y en otras las veladas y bailes... El furor de mandar, y alguna vez la codicia de los jueces, ha extendido hasta las más ruines aldeas reglamentos que apenas pudiera exigir la confusión de una corte". El furor de mandar constituye para Jovellanos la fundamentación primera de las arbitrariedades del poder, y le estremece verlo aplicado a la forma de divertirse y a la



reglamentación de los entretenimientos. Esa pasión de mando se encuentra en la base de la mayoría de las decisiones abusivas contra el interés ajeno que los funcionarios de todos los gobiernos acostumbran a tomar, con desprecio de cuantas admoniciones se les hacen al respecto. La propia palabra *mando* conlleva en su apreciación literal tal carga peyorativa respecto al uso del poder que basta para explicar la situación creada por quienes lo ejercitan. Sólo se manda cuando otros pueden sentirse compelidos a obedecer, cuando la coacción inapelable ejercida desde arriba somete a los súbditos, es decir a los inferiores, sea con razón o a contrafuero. Mandar es una forma de corromper la acción del gobierno, y muchas veces una manera también de purgar la propia inseguridad, personal o política, del poderoso. Por eso adquiere tan a menudo los tintes del capricho. “No hay fiesta, no hay concurrencia, no hay diversión —señala Jovellanos— que no presenten al pueblo los instrumentos del poder y la justicia... Es en vano: el público no se divertirá mientras no esté en plena libertad de divertirse; porque entre rondas y patrullas, entre corchetes y soldados, entre varas y bayonetas, la libertad se amedrenta y la tímida e inocente alegría huye y desaparece”. Para terminar sentenciando: “el pueblo que trabaja no necesita que el Gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse”.

¿Cómo no avizorar en estas máximas el viento cercano de la revolución que Jovellanos trataba de ahuyentar? La libertad, la autonomía de la decisión popular, resplandece como única respuesta posible a los atropellos y vejámenes del poder, empeñado en que la vida se adecue a normas que no emanan de un interés general que se entienda como suma y corolario de los intereses particulares.



Esta concepción del bien común en tanto que acumulación de bienes privados, esta persecución de la felicidad individual, se encuentran presentes de forma constante. Así lo expresa el redactor de la Memoria: "Un pueblo activo y alegre será precisamente activo y laborioso y, siéndolo, será morigerado y obediente a la justicia... Este pueblo tendrá más ansia de enriquecerse, porque sabe que aumentará su placer al paso de su fortuna. En una palabra: aspirará con mayor ardor a su felicidad, porque estará más seguro de gozarla. Siendo, pues, éste el primer objeto de todo buen gobierno, ¿no es claro que no debe ser mirado con descuido ni indiferencia? Hasta lo que se llama prosperidad pública, si acaso es otra cosa que el resultado de la felicidad individual, pende también de este objeto". Este es el mejor Jovellanos que encontrarse pueda; el que entronca con las proposiciones liberales que alumbraron las democracias burguesas del XIX; el que sitúa la realización individual y la felicidad personal de los ciudadanos como objetivo fundamental de todo buen gobernante. En esa persecución de la propia felicidad, elevada a rango de derecho constitucional por los fundadores de los Estados Unidos gracias a la inspiración de Thomas Jefferson, se resumen toda la teoría básica del capitalismo y los principios morales que lo informan. Pero "creer que los pueblos pueden ser felices sin diversiones, es un absurdo; creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa; darles diversiones y prescindir de la influencia que pueden tener en sus ideas y en sus costumbres sería una indolencia tanto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia; resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas será



uno de los objetos de toda buena política". ¿Cómo no han de sonarnos familiares estas palabras en el apogeo de la civilización del ocio?

La preocupación de Jovellanos por una reforma del teatro a fin de que se convierta no sólo en un instrumento de deleite y placer, sino también en un sistema de educación permanente, mucho tiene que ver con los modernos análisis en torno a la influencia de la industria del entretenimiento en la formación de los jóvenes. Las actuales discusiones acerca de la identidad cultural europea, y su defensa contra la supuesta agresión invasora del cine americano, encuentran un eco lejano, pero nítido e indubitable, en las meditaciones de este ilustrado español cuando divaga sobre la diversión como parte integral del desarrollo de los pueblos. Al margen las explícitas propuestas para la mejora del teatro y la recuperación de otros espectáculos que realiza en su informe, de éste queda, antes que nada, su obsesión porque las autoridades contemplen la diversión no como un mal inevitable —o evitable, quizás, aunque pagando un alto precio— sino como algo inherente a la vida de las gentes, beneficioso para su progreso material y espiritual, y necesitado de un ambiente de libertad sin trabas que permita el ejercicio del derecho a la alegría.

No faltan, por otra parte, en esas páginas dos cuestiones de extraordinaria vigencia en los tiempos que corren. La primera, la feroz diatriba jovellanista contra los toros. "Se puede calcular que de todo el pueblo de España apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo, pues, se ha pretendido darle el título de diversión nacional? Pero si tal quiere llamarse porque se conoce entre nosotros de muy antiguo, porque siempre se ha concurrido a



ella y celebrado con grande aplauso, porque ya no se conserva en otro país alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria a los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres, criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos y que al cabo perecen o salen estropeados de él, se puede presentar a la misma Europa como un argumento de valor y bizarría española es un absurdo". "El gobierno ha prohibido justamente este espectáculo, y cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio... será muy acreedor a la estimación de los buenos y sensatos patricios".

Carlos III había abolido, en efecto, las luchas de toros en 1785, con la excepción de las que se celebraban en Madrid y algunos pueblos. En 1804 llegaría la prohibición total, aunque nunca se observó por completo. Hoy es evidente que el antitaurinismo de Jovellanos fracasó históricamente, pero de aquella polvareda heredamos los lodos del fervor reglamentista y la intervención de la autoridad competente en la fiesta. Los toros deben ser el único espectáculo del mundo desarrollado que ha estado hasta hace poco bajo la caución directa de la policía y con un reglamento dictado del principio al fin por el poder político. Jovellanos solicitaba la prohibición de la tauromaquia por considerarla una exhibición cruel, aberrante y primitiva. Pero no creo que hubiera entendido jamás que una respuesta a su reclamo fuera la estipulación reglamentaria de la tortura del toro, mediante ordenanzas redactadas por los alguaciles de turno. Él aseguraba que, frente al "pan y juegos de circo" con que según Juvenal se contentaban los romanos, los españoles de aquel siglo habrían de conformarse con "pan y callejuela". La callejuela



fue enseguida sustituida por los toros y luego, y durante muchos años hasta llegar al actual paroxismo, por ese juego tan ingenuo como apasionante que durante algún tiempo convinimos en llamar balompié, para acabar subyugados por el anglicismo, más eufónico y combativo, del fútbol.

Por eso, el otro pasaje sorprendente y aleccionador de esta *Memoria sobre los espectáculos* es el que dedica a los alborotos generados durante las representaciones teatrales. "No he visto jamás desorden —indica— que no proviniese de estar en pie los espectadores del patio... La sola incomodidad de estar de pie por espacio de tres horas, lo más del tiempo de puntillas, pisoteado, empujado y muchas veces llevado acá y acullá mal de su grado, basta y sobra para poner de mal humor al espectador más sosegado... Entonces es cuando del montón de la chusma sale el grito del insolente mosquetero, las palmadas favorables o adversas de los chisperos y apasionados, los silbos y el murmullo general, que desconciertan al infeliz representante y apuran el sufrimiento del más moderado y paciente espectador... siéntense todos, y la confusión cesará; cada uno será conocido y tendrá a sus lados, frente y espalda cuatro testigos que le observen y que sean interesados en que guarde silencio y circunspección". Han tenido que pasar doscientos años para que comprendiéramos que esta norma elemental de sentar a la gente, a fin de mantener el orden en los acontecimientos de masas, era también, y más que a nada, aplicable a los estadios que padecen de continuo la violencia, espontánea u organizada, de los hinchas de turno, a los que difícilmente podríamos aplicar el calificativo de chisperos.

Por último, Jovellanos se revela fiel a su concepto elitista y aristocrático de la existencia. Los espectáculos



son para la alta burguesía, no para el pueblo, que no los necesita. "La carestía de la entrada alejará a éste del teatro, y para mí tanto mejor —confiesa—. Yo no pretendo cerrar a nadie sus puertas; estén enhorabuena abiertas a todo el mundo; pero conviene dificultar indirectamente la entrada a la gente pobre, que vive de su trabajo, para la cual el tiempo es dinero, y el teatro más casto y depurado una distracción perniciosa". Actitud muy semejante a cuando defendía el ingreso de las mujeres en su club, encargándose al tiempo de advertir que serían pocas las que llegaran a conseguirlo. Pero su instinto de precursor le llevará a cerrar la Memoria con párrafos dignos de un auténtico visionario: "Quizá vendrá un día de tanta perfección para nuestra escena que pueda presentar hasta en el género ínfimo y grosero, no sólo una diversión inocente y sencilla, sino también instructiva y provechosa. Entonces acaso convendrá establecer teatros baratos y castísimos o para divertir en días festivos al pueblo de las grandes capitales; pero este momento está muy distante de nosotros, y el acelerarle puede ser muy arriesgado". Concluye solicitando a la Academia de la Historia "que no desaproveche esta ocasión, tal vez única, de clamar con instancia al gobierno por el arreglo de un ramo de policía general de que pende el consuelo y acaso la felicidad de la nación".

Dos siglos más tarde la industria del ocio constituye uno de los sectores de mayor crecimiento en los países avanzados. De ella dependen en gran medida el futuro de las telecomunicaciones, el desarrollo económico, el comportamiento social respecto a la cultura, la organización de la instrucción pública y el ejercicio de la libertad de expresión. No es difícil encontrar en Jovellanos sugerencias anunciadoras de



esta impresionante evolución. En su tiempo, la Universidad española, decrepita y desprestigiada, había sido sustituida en gran medida por las Academias y las Sociedades de Amigos del País como lugares encargados de proteger e impulsar la educación de los ciudadanos, la investigación y el cultivo del conocimiento. La creación de su Instituto responde a ese mismo empeño y a las carencias que padecía el sistema tradicional de enseñanza, por cuya revisión inmediata y profunda clamó sin cesar. La televisión y el cine, como elementos difusores de cultura y de educación permanente, habrían merecido en nuestros días una atención segura de este ilustrado; lo más notable es que la aplicación de sus criterios de libertad a la organización moderna de esos espectáculos podría resultar devastadora para el orden constituido. Pues estamos en un mundo en que el derecho a la felicidad no se encuentra necesariamente garantizado por las leyes.

### 3. EL SILENCIO DE LA IGNORANCIA

A los periódicos “deberemos el silencio de la ignorancia y el principio de nuestra ilustración”, confesaba Jovellanos en un anónimo por él escrito en el *Diario de Madrid*. De todas formas, pese a esta solemne declaración y al entusiasmo que de ordinario ha producido a los estudiosos del género, las relaciones de don Gaspar con la prensa periódica no son ni tan frecuentes ni tan sólidas como hubiera cabido esperar de su formación y temperamento. Sabemos que, además de en el diario ya citado, colaboró con alguna asiduidad en *El Censor*, siempre firmando con seudónimo o con iniciales, y que estaba suscri-

to a publicaciones de títulos tan entrañables como el *Semanario erudito* o *El Espíritu de los mejores diarios*. Conocemos también, gracias entre otros a los estupendos trabajos de Lucienne Domergue, que de acuerdo con la moda imperante no ahorró elogios para la prensa, a la que otorgaba la misma categoría de empresa patriótica que a la Ley agraria o a las escuelas técnicas. El argumento subyacente, señala Domergue, es el mismo: "informar al ciudadano es formarlo, es hacer posible esta gran revolución tranquila por medio de la cultura en la que sueñan la mayoría de los ilustrados".

Pero a pesar de tales exaltaciones, y de la singular simpatía que profesó Jovellanos a las tareas periodísticas, su obra no se volcó en esa dirección sino que se desempeñó muy primordialmente en la enseñanza y en la gestión política o económica. Cuando adquiere un tono moralizante y desea ser popular, opta por internarse en la aventura del teatro con piezas como *El Delincuente Honrado*, que ha permitido a los críticos clasificarle entre los precursores de nuestro gran romanticismo. Señalo este detalle porque muchas veces he insistido en las singulares relaciones que teatro y periodismo adquieren a los ojos de cualquier profesional. En uno y otro la vinculación con el público es a la vez inmediata e íntima y la satisfacción o amargura que produce, según los casos, muy parecida. La actitud del escritor, introvertida y distante cuando se dedica a la novela o la poesía, magistral en el ensayo, se vuelve simbólica tanto a la hora de pergeñar un sainete como a la de esbozar un reportaje. En estos dos casos el deseo de transmitir a los demás la información o el sentimiento prima sobre cualquier otro, y la reacción del auditorio resulta



instantánea. No digamos si el vehículo empleado por el comunicador es, hoy en día, la radio. Pero no es este el momento, aunque quizá sí el lugar, para tales divagaciones, que exigirían además una mayor argumentación por mi parte. Sólo quiero poner de relieve que, a pesar del entusiasmo de los jovellanistas, la presencia de su ídolo en la prensa periódica parece más limitada de lo que hubiéramos podido imaginar y desear, dado el activismo social y político que protagonizó.

Un par de veces le vemos interesarse personalmente por el lanzamiento de publicaciones. Una, cuando reclama la creación de alguna dedicada a la literatura pero con estilo "crítico", sin duda desilusionado por las que entonces veían la luz. Otra, en su informe, por cierto no muy conocido, sobre la fundación de una gaceta económica.

Sus opiniones acerca de la oportunidad de contar con un mercurio literario de distinto tenor a los que estaban en boga no llegaron a plasmarse en ningún trabajo concreto, probablemente debido a la aversión que tenía a verse involucrado en las lizas y reyertas de ese género. En una carta al canónigo ovetense González de Posada exponía, por ejemplo, lo que pensaba de la Real Academia Española: "Es un cuerpo heterogéneo, donde la envidia literaria (la más aguzada y pérfida de todas) contagia todos los espíritus que no son sencillos y humildes como el de usted. El amor propio de muchos, reunido en un lugar solo, con un objeto mismo, con una misma ambición, ¿qué no hará cuando se pone a fermentar? En esto, como en todo, debemos tener a la vista lo de *prudentes, sicut serpentes*". Puede entenderse que quien así opinaba del ambiente literario no quisiera atizar el fuego de las insidias, máxime cuando era ya objeto de tantas de



ellas. Y puede imaginarse también que, debido a la opinión no muy favorable que le merecían sus colegas en esta casa que hoy nos acoge, sus desempeños para la misma no se ejercieran con igual intensidad y provecho que los que abordó en otras sedes.

El lanzamiento de una gaceta económica fue un propósito para el que trabajó con cierta aplicación y acerca del que mantuvo serias discrepancias con otros socios, hasta el punto de abandonarlo finalmente. En la relación citada, Jovellanos se muestra preocupado no sólo por las declaraciones de principios sino por dar, también, respuesta práctica a las necesidades del proyecto: cómo se ha de financiar, imprimir y distribuir, a quién puede interesar y, sobre todo, quién debería escribirlo. “Es menester —dice— que la trabaje una pluma maestra: una pluma que trate cada asunto convenientemente, que sea clara y precisa en las materias didácticas, sólida y exacta en las del cálculo, graciosa en las descripciones, severa en las invectivas, profunda, ilustrada y nerviosa en la enseñanza”. Esta preocupación por el estilo, por la pulcritud en el lenguaje, esta reverencia a una expresión depurada e inteligible, le acompañaron toda su vida. En 1799, en una carta a su amigo José de Vargas Ponce, le hacía la siguiente recomendación: “Restitúyase a sí mismo: escriba como habla, componga como escribe, y todo está hecho”, para añadir más tarde: “Y viniendo al estilo del discurso, no me detendré en palabras, modos o frases que no me gustan por nuevos, o inventados, o impropios, o cultos, o triviales, en *epurar*, *oscular*, *culminar prácticas rutineras*, *saber gestero*, *reyes haraganes*; ni en *por manera*, que huele a contaduría; *secuela* y *causales*, que apestan a escolástica; *huyamos la vista*, por apartemos; *que recursos no merecemos*, por no debemos; *cubrir de*,



*complacerse de, abismarse de*, etc., cosas que no merecen el nombre de defectos, sino de descuidos, y que ceden a la primera corrección". Leyendo esta misiva venían a mi memoria cantidad de latiguillos, perífrasis, frases hechas y abusos del lenguaje que pueblan nuestros medios de comunicación, asunto sobre el que ha escrito magistralmente nuestro director, Fernando Lázaro Carreter, en libro de reciente publicación<sup>8</sup>.

Desde que me dediqué, en hora temprana, al periodismo, me he esforzado por dotarlo de un estilo del que las más de las veces carecía, promoviendo la elaboración de normas que permitieran a los redactores un empleo del español cuya eficacia expresiva no tuviera que pagar precio a la gramática ni al diccionario. Fue el diario *El País* pionero en tal porfía, de la que luego participaron con acierto otros medios de comunicación. Pero es mucho más el camino por hacer que el hasta ahora andado. La pasión jovellanista por una prensa bien escrita merece ser recogida por esta Academia, a la que desde hoy ofrezco mi entusiasta colaboración, mi breve entendimiento y mi larga experiencia en las tareas que a tal fin puedan emprenderse.

Llama, por lo demás, la atención el énfasis puesto por don Gaspar en dos cuestiones mayores que todavía afectan a los periódicos de nuestros días: la primera, su circulación. "Cuando se trata de una gaceta —insiste—, debemos entender un papel que se aprecie, que se busque, que se compre y que se lea, en una palabra, un papel que interese a un gran número de lectores" a fin de que no caiga en el hon-

---

<sup>8</sup> *El dardo en la palabra*, Madrid, Círculo de Lectores, 1997.



do abismo "donde se han sumido tantos diarios, cuya reputación ha sido tan efímera como general su desprecio y eterno su olvido". He aquí otra vez la preocupación por el mercado, el otorgamiento al público lector del veredicto supremo sobre la pervivencia o no de los productos, aun si se trata de frutos del intelecto. El paso del tiempo no hace desmerecer estas amonestaciones. En la historia del periodismo topamos a menudo con el indignado lamento de aquellos profesionales que fracasan al difundir sus propias gacetas, de las que pregonan la independencia pero no la calidad, y que una vez hundidos en la sima donde fueron despeñados su empresa y su reputación como periodistas claman como si hubieran sido víctimas de un siniestro designio que les perseguía. Cuando, en realidad, sucumbieron al juicio del público contra el producto desmochado, tosco y vituperable, que se empeñaban en ofrecerle.

Habida cuenta de la trayectoria del autor, tampoco debe sorprendernos su insistencia en averiguar cómo ha de financiarse el periódico propuesto. "Se necesita —dice— un fondo no pequeño, que ni tiene la Sociedad ni puede producir la misma obra. Es, pues, preciso buscarle o abandonarla". Y es tan concreto en la definición de los requisitos económicos que los expone con toda crudeza: hacen falta al menos quinientos ducados para remunerar el trabajo del director, y otros quinientos para que la Matritense mantenga una correspondencia abierta con las demás sociedades del reino, o bien franquearle enteramente sus cartas en el correo. Y es obligado también hacer venir, "de cuenta de su majestad y francos de porte todos los papeles extranjeros necesarios para este objeto", amén de mandar que el papel "se imprima en la imprenta de la gaceta, concediendo a la Sociedad la mitad de



la impresión con facultad de abrir para ello una suscripción y administrarla por su cuenta". Tanta meticulosidad, propia de quien estaba acostumbrado a anotar en sus agendas el importe y calidad de los aguinaldos que entregaba por el día de reyes, (incluidas las miserables propinas al hijo del jardinero), sería menester recuperarla a la hora del emprendimiento de proyectos periodísticos que acaban fracasando por la ausencia de un empresario capaz o por la concurrencia de algún bribón. Siendo tan escasos en nuestra tierra los de la primera especie, llama aún mayormente la atención la saña y vulgaridad con que de siempre les ha perseguido el poder. Los medios de comunicación son, por un lado, empresas como las demás pero, por otro, merecen especial consideración por constituir empresas de ideas. Las presiones económicas y los obstáculos técnicos que se alzan frente a ellas no representan muchas veces sino el disfraz, que a nadie engaña, de la censura. Don Gaspar así debía intuirlo cuando tanto insistía en la necesidad de garantizar una conveniente salud económica para su gaceta de los negocios. No hay independencia posible en un diario que no se base en la simple condición de que sus cuentas cuadren.

\*

He aquí, en definitiva, algunos ejemplos, mínimos pero elocuentes, de la contribución de Jovellanos a la implantación de un pensamiento moderno que permitiera a los españoles salir de la postración y el acabamiento social en que se hallaban. Como decía al principio de mi discurso, poco o nada se puede añadir al conocimiento de alguien que ha merecido tan innumerables estudios y te-



sis por parte de reputados especialistas. Pero la pertinacia con la que la historia de España maltrata a sus más ilustres hijos, precisamente a aquellos a quienes más debe por la aportación que hicieron a su prosperidad y engrandecimiento, merece un comentario añadido.

Jovellanos sufrió siete años de cárcel, arbitrariamente decretada por quien le sustituiría en el gobierno, el ministro Caballero, cuya semblanza pone de relieve cuán poco honor hacía el tal sujeto a su apellido. Con frecuencia inaudita, nuestro país castiga a los disidentes políticos enviándoles al destierro o la mazmorra, o a los dos terribles destinos a la vez, si es que logran salvar la vida. Tildado, probablemente con acierto, de jansenista, perseguido por la Inquisición que preveía un cambio legislativo capaz de acabar con sus privilegios, odiado por la corte, enfrentado a la reina y abandonado por sus amigos, Jovellanos pagó un alto precio personal por el solo hecho de mantener una coherencia de vida acorde con sus ideas de paz y progreso. Fue calumniado repetidas veces, acusado de mal utilizar los fondos de la carretera que él mismo promovió para enlazar León y Asturias, criticado por nombrar a sus amigos para cargos importantes en el breve periodo en el que participó en el gobierno. Nuestro hombre se convirtió en diana de toda clase de conspiraciones, algunas con el fin de arrancarle la vida que sólo salvó, en sus propias palabras, gracias al abandono del poder. A partir de ese momento su existencia es un rosario de sufrimientos, huidas, torturas, enfermedades y soledad. Le aguardaba el mismo *fatum* que persiguiera a tantos otros preclaros nombres de nuestra inteligencia: Quevedo y Fray Luis, claro está, pero también Antonio Machado, Miguel Hernández, García Lorca. El paso del





tiempo ha podido borrar la memoria de la verdadera causa de sus desgracias. Su epopeya, como su obra, pertenece al acervo intelectual y sentimental de todos nosotros. De modo que se puede asumir, como ahora se dice de Federico, que no son ya de la izquierda ni de la derecha, pues pertenecen al común. Y en efecto, así es, pero más a aquellos del común que engrosaron las filas de las víctimas que a quienes se alinearon junto a sus verdugos. Más a la España desgarrada y terca que apostó por el progreso, a esa deseada España del diálogo y la libertad, que al intemperante país que los desterró y ajustició.

Jovellanos no era un revolucionario, ni siquiera un revoltoso. Fue sólo un hombre atento a las grandes transformaciones que experimentaba el mundo a su alrededor, un intelectual, un político y un empresario. Digno representante del Siglo de las Luces, que en nuestro país brillaron menos mortecinas y tenues de lo que hubieran pretendido los apagavelas de turno, fue un hombre de transición, como antes lo he definido. Mantuvo sus teorías con tozudez y con habilidad; puso un tesón encomiable en introducir a su patria por las vías del progreso sin renunciar a los valores de la tradición. Sus contradicciones emanan de su ingenuo y valeroso propósito de conciliar la continuidad de dos universos extraños y aun antagónicos: los estertores de una monarquía caduca, a la que el despotismo ilustrado no logró redimir, y la alborada de un viento de libertad e independencia que acabó rociado de sangre inocente. No cabe duda de que se hallaba horrorizado por los acontecimientos en Francia y por el cariz que la revolución en ese país iba tomando con el tiempo. La noticia de la muerte de Robespierre le sugiere por eso frases nada



compasivas, sobre todo en quien, como él, era un piadoso cristiano. Ciudadano tranquilo, se mostró siempre añorante de los felices años por él vividos en Gijón mientras se dedicaba a la fundación del Instituto, la investigación de las minas o la apacible vida social de la provincia. Respetuoso de su Dios y de su rey, nada libertino en las costumbres, anduvo a topar con las fuerzas del oscurantismo y la envidia que durante siglos se han esforzado por enseñorear este país. Su prisión fue tanto más odiosa cuanto que se trataba de un castigo por delitos que no cometió. O precisamente era lo contrario, constituía la justa reparación a la audacia de alguien que quiso adelantarse a su tiempo. Quizá mereciera entonces el final infame y abrumador que padeció, precisamente por haberse atrevido a pensar en una España diferente, a trabajar por una España diferente, a crear una España diferente.

Sería injusto decir que el destino de Jovellanos es el de todos los ilustrados españoles que en la historia han sido, pero sería ingenuo negarse a la probabilidad de que cuantos de entre nosotros se empeñen en reformas como las que él promovió habrán de vérselas, nuevamente, con el furor por el mando y la pasión del poder. Esa pasión tan fuerte y arrogante que ni siquiera en democracia puede escapar a la jactancia de no doblarse a las presiones: ni a las que vienen del pueblo, ni a las de la opinión pública, ni a las más atendibles que emanan del entendimiento.

Doloroso final el que aguardaba a este predicador de la alegría, el divertimento y la felicidad como derechos de los hombres. Doloroso final para quien tanto se aplicara al trabajo y tan poco al ocio, para quien se distinguió en la defensa de sus semejantes proclamando su igualdad sin



distinción de sexos... ni de razas, ni de religión. La vida y la obra de Jovellanos son espejos admirables en los que se puede contemplar el alma colectiva de este país. Pero, en ocasiones, pareciera que se trocaran en los espejos cóncavos del callejón del gato, devolviéndonos el esperpento y el gusto por la falla, incluido su ritual de fuego, tan purificador o tan destructivo. Vemos entonces en ellos las enormes y nada sutiles amenazas que en los periodos de transición se han cernido siempre sobre nuestro pueblo.

He aquí, como sea, mi modesta contribución, teñida de homenaje, al conocimiento y apología de una figura insigne cuyo sillón me honro de heredar. En este tranco, y puesto que sé a cuánto obliga, demando de vuestra benevolencia, señores académicos, no el reconocimiento de mis escasos méritos sino, al menos, el de mi probada aplicación. Si es esta demasiada gracia para pedida, ojalá no lo sea también para esperada.

Muchas gracias.

CONTESTACIÓN  
DEL EXCMO. SR.  
DON LUIS GOYTISOLO GAY





Señores Académicos:

**S**e me ha encomendado dar la bienvenida en nombre de todos a Juan Luis Cebrián, que hoy entra a formar parte de esta Corporación como miembro de número. Un encargo que cumpla con mucho gusto, tanto por hacer honor a la confianza que en mi habéis depositado, como por el hecho de que nuestro nuevo compañero es además un viejo amigo, con lo que deber y amistad se ven satisfechos a un tiempo.

Compartí con Francisco Ayala y Francisco Rico la iniciativa de proponer a esta Academia su candidatura. Francisco Rico glosó en su día los numerosos méritos del entonces candidato en una exposición que no voy ahora a pretender mejorar ni creo que sea preciso, siendo como son los periodistas figuras tan familiares al conjunto de la sociedad en el mundo de hoy. Prefiero emplear el poco tiempo de que dispongo en referirme, antes que al amplio abanico de sus actividades profesionales y a los honores recibidos, a un aspecto muy concreto de su actividad como periodista: el ejercicio de dirigir un periódico entendido como quintaesencia del periodismo. Y en relacionar tal actividad con la figura protagonista del discurso que acabamos de oír: Gaspar Melchor de Jovellanos.



Al elegir la Academia a Juan Luis Cebrián, ha elegido por supuesto a un periodista, pero también, y sobre todo, a un hombre de la comunicación. El paulatino crecimiento que, a través de la Historia, han experimentado los medios de comunicación se debe a la necesidad natural que sentimos los humanos de saber unos de otros, así como de intercambiar pensamientos, aspiraciones y sentimientos. En el pasado, los relatos orales verídicos o legendarios transmitidos por los bardos y juglares desempeñaron una incipiente función informativa. La imprenta multiplicó las posibilidades de tal función, y facilitó el contacto entre las gentes. Recordemos las *gacetas* que se difundieron a partir de los siglos XVI y XVII, convertidas ya en prensa diaria en el XVIII, en ese siglo razonador que, por serlo, fue crítico, y añadió a la noticia la opinión que suscitaba. La información fue haciéndose, poco a poco, no sólo saber sino formación de juicio, contraste de ideas, franca disidencia a veces, contacto horizontal entre los informados, que en eso consiste la comunicación.

No hace falta evocar ahora hasta qué punto han acelerado este proceso la radio, la televisión y, más recientemente, en un momento de posibilidades al parecer incabable, la relación colectiva o personal que establece la pantalla del ordenador. Por tanto, ya no es sólo el periódico el que media entre las noticias u opiniones y los ciudadanos. De un modo u otro, millones de palabras españolas salen diariamente de los talleres periodísticos y de las antenas emisoras al encuentro del público en España y América. Palabras, en algunos casos acompañadas de imágenes. Pero el verbo, la palabra, es el principio, lo primero en toda comunicación. Y esto hacía imprescindible la pre-



sencia en esta Casa de una persona, como es Cebrián, directamente vinculada a la tarea de informar y comunicar; de un periodista de historial acreditado y también de un responsable de que estas tareas se realicen de un modo idiomáticamente satisfactorio. Era importante la presencia entre nosotros de un forjador de medios de comunicación por los que circula a raudales el idioma español. La Academia ha querido vincularlo más directamente a su misión, a la función social que le corresponde, comprometiéndolo en un servicio a esta lengua nuestra cuyo estado, permanencia y unidad dependen en medida creciente de los medios de comunicación. Esta Corporación consagra tradicionalmente méritos contraídos con la literatura, pero aunque ése sea un fin importante, no es ni quiere ser una distribuidora de laureles y prestigios. A la Academia no le señala su Estatuto como finalidad primera que sea un club distinguido o una orden que otorga sillones en vez de medallas, sino una activa impulsora de la unidad del idioma, tarea a la que están llamados no sólo los creadores literarios, sino también quienes desde la filología, las humanidades, la ciencia, la técnica y por lo que he dicho, la comunicación, contribuyen a su estudio y a su difusión. Tal es el caso de nuestro nuevo compañero.

El criterio al que se atuvo la Academia en la elección del pasado 19 de diciembre está muy claro: dar preferencia a la más dinámica de las formas de periodismo, es decir, a la que desarrolla el periodista que decide a diario el contenido de la portada de su periódico. Pues son las portadas, en definitiva, las que sellan el éxito o el fracaso de un periódico. Y si desde la Transición se han producido en España dos o tres fenómenos periodísticos, uno de ellos es, sin duda, el repre-



sentado por la aparición y espectacular arraigo social del diario *El País*. Un diario del que fue primer director —y, en cuanto tal, periodista que decidía cada noche el contenido de la portada— Juan Luis Cebrián. Esa actividad, desarrollada durante más de catorce años, fue, considerada en su conjunto, el hecho que más pesó en el ánimo de cuantos le dimos la entrada en la Academia.

Anteriormente, es cierto, había sido redactor jefe del diario *Informaciones*, del diario *Pueblo*, de los servicios informativos de Televisión Española, pero es precisamente el papel que jugó como primer director de *El País* la causa de que sus ocupaciones anteriores o posteriores se vean hasta cierto punto relegadas a un segundo plano. Es difícil, en efecto, imaginar el periodo que denominamos la Transición sin la existencia de ese diario, hasta tal punto una y otro se hallan identificados. Lo mismo que la aprobación por el Parlamento de nuestros derechos constitucionales y las leyes que a partir de entonces, por memorables que sean todas ellas, han intentado ir concretando y desarrollando esos derechos: era en la portada de los periódicos, empezando por la de *El País*, donde la noticia cobraba realidad.

Viene a cuento esa evocación del pasado reciente para que a nadie le sorprenda que Juan Luis Cebrián haya elegido a Jovellanos como protagonista de su discurso. Si mal no recuerdo, tras ser elegido para esta plaza el pasado 19 de diciembre y refiriéndose a este acto, declaró estar dudando entre Jovellanos y Larra. De haber elegido a Mariano José de Larra hablaríamos ahora de un gran escritor que, no por cultivar un género de periodismo propio de una época que no es la nuestra, deja de ser emblemático para todo periodista español de cualquier época. Al elegir



a Jovellanos, Cebrián nos remite a un escritor sin duda de menos garra pero de mayor trascendencia desde un punto de vista histórico. En efecto: si en el caso de Larra nos encontramos ante un magnífico escritor de costumbres que es a la vez mediocre novelista, resulta imposible calificar a Jovellanos de escritor brillante, tanto si es considerado como poeta o autor teatral, cuanto si nos referimos a su labor de publicista, el aspecto más interesante de su obra. Por decirlo con sus propias palabras, en una carta dirigida a su hermano, Francisco de Paula:

*En cuanto a mí, estoy muy lejos de creer que mis versos tengan un gran mérito. Y añade que, en tal caso, la razón, no será falta de crítica, sino de ingenio. Y, ya en verso define a sus versos como:*

*de afecto y verdad llenos  
si de primor vacíos.*

Ahora bien: si por una parte buscaríamos en vano en nuestro siglo XVIII un poeta o un creador equiparable a las altas cimas alcanzadas en siglos anteriores o posteriores, tal vez debido al acartonamiento neoclásico entonces en boga, por otra, esa falta de nervio o de garra a la que me he referido no impide que Jovellanos sea el intelectual más destacado del tan problemático Siglo de las Luces español. Cabe incluso observar que su caso nada tiene de raro, que aquí, como en cualquier otro país, el intelectual no suele caracterizarse por una expresión literaria particularmente deslumbrante, que son muchos los intelectuales de expresión poco deslumbrante, cuando no farragosa y oscura. Lo



que se le presume a un intelectual —que utiliza el lenguaje como puro instrumento— es el alcance y la independencia de su pensamiento, no la calidad de la prosa con la que se expresa.

Jovellanos fue, en cualquier caso, uno de los primeros intelectuales españoles en el sentido que hoy damos a la palabra *intelectual*. Baltasar Gracián, por ejemplo, más que un intelectual era un pensador que refería sus reflexiones a un mundo en cierto modo inmutable. Jovellanos, no. Jovellanos se refiere siempre a lo concreto, a los problemas suscitados por el progreso material y espiritual de España en una época terriblemente contradictoria. Baste recordar que, al integrarse en la Junta Central, se vio enfrentado, hacia el final de su vida, a la mayor parte de los afrancesados, antiguos amigos muchos de ellos; una ruptura sólo equiparable a la que años atrás había producido su distanciamiento del Despotismo Ilustrado, que si fructífero en tiempos de Fernando VI y Carlos III, los acontecimientos de la Francia prerrevolucionaria empezaban a dejar desfasado. En otras palabras: el drama de Jovellanos, como el de tantos intelectuales ilustrados de la época, fue el de tener que rechazar a la vez las bayonetas napoleónicas y el espíritu retrógrado forjado en los desastres de la Contrarreforma que, como reacción a las noticias que llegaban de Francia, parecía cobrar nuevas energías. Un espíritu, en efecto, sólo dormido, que terminaría triunfando y deparando a España un siglo XIX verdaderamente esperpéntico, el más triste de su historia. Una España en la que el mono representaba al artista, el asno al aristócrata y el papagayo al clérigo. “El sueño de la razón produce monstruos”, reza uno de los grabados más conocidos de Goya, perteneciente a la serie titu-



lada *Los Caprichos*. Y resulta difícil no estar de acuerdo con quienes destacan la semejanza existente entre la figura del durmiente que ahí aparece y la del propio Jovellanos retratado por Goya pocos años antes.

También a mí, y creo que a todos nosotros, nos resulta difícil, aquí y ahora, no ver en los aspectos de Jovellanos destacados por Cebrián una identificación implícita con el modelo, un paralelo basado en la afinidad entre las preocupaciones de Jovellanos y las que guiaron a Cebrián en el momento de decidir el contenido de la primera página de su periódico. Nos ha hablado Cebrián, por ejemplo, del interés puesto por Jovellanos en la defensa de los derechos de la mujer, una defensa expuesta en unos términos que si hoy nos hacen sonreír, en su época fueron revolucionarios. Y es imposible no pensar en la postura que a este respecto ha mantenido siempre su periódico, tanto en lo que se refiere a los derechos de la mujer en general, como a leyes concretas, la del divorcio o la del aborto, por poner un ejemplo.

Nos ha hablado también Juan Luis Cebrián de la *Memoria sobre espectáculos y diversiones públicas* de Jovellanos, un asunto estrechamente relacionado, a mi entender, con los asuntos de la cultura y, en definitiva, de la educación. Y si en lo que concierne a los derechos de la mujer la situación ha mejorado pero no se ha resuelto, tres cuartos de lo mismo sucede en lo que se refiere a la educación y a la cultura, sin que sirva de excusa el que los resultados de medidas concedidas como un adelanto sean imprevisiblemente malos. Errar es humano, pero también lo es rectificar. Y, como escritor y académico, no puedo dejar de subrayar el nefasto resultado de una educación basada en exceso en la imagen, en detrimento del concepto, esto es, de la palabra.



Se ha referido finalmente Cebrián al Jovellanos periodista, a su propósito de publicar un periódico de carácter literario y otro de carácter económico, empresas ambas de las que desistió. Según expuso con la brillantez que le caracteriza Francisco Ayala, precisamente en su discurso de entrada en esta Academia, el origen de la prensa periódica se halla en los boletines de información económica. No es de extrañar, por tanto, que consustanciales como son en su origen prensa y economía o comercio, los diarios económicos y las páginas económicas de cualquier diario de información general tengan aún hoy tanto peso. Resulta lamentable, en cambio, que las secciones y suplementos dedicados a la cultura de esos mismos periódicos y, más concretamente, la sección literaria, se halle en todas partes en franca regresión. Una secuela más, a mi modo de ver, de la educación en exceso visual a la que acabo de referirme, que termina por crear antagonía entre dos ámbitos cuyo desarrollo debiera discurrir de manera complementaria.

Por lo demás, la situación en la que se encuentra España tras los últimos veinte años tiene poco que ver con la que conoció Jovellanos. Más aún: en algunos aspectos es la contrapuesta. Y son precisamente las diferencias entre aquel entonces y el presente lo que, para terminar, quiero destacar ahora.

En la época de Jovellanos se impuso por sí misma la necesidad de defender, junto con los ideales de progreso y democracia, la identidad política de España y de su proyección americana. Hoy, sumidos en el proceso de integración europea, la situación es muy otra. El proceso de integración se ve como algo inevitable, pero es palpable el

escaso entusiasmo que despierta en los ciudadanos, tanto en España como fuera de ella, esa Europa burocrática y gris que se nos propone, resultado de una suma cuyos sumandos, paradójicamente, considerados de forma aislada, tan atractivos resultan: España, Italia, Francia, Grecia, Alemania, Inglaterra, Suecia... Una falta de entusiasmo que indudablemente tiene que ver con la intuición de que, con la suma, algo se resta. Y es que si la disolución de las fronteras y estructuras políticas nacionales precederá probablemente a la de las regionales, y la Europa de las naciones se difuminará antes que la de las regiones, evitar que la cultura y la lengua españolas corran la misma suerte, al margen de toda frontera, se convierte en tarea principal para cuantos formamos parte de esta Academia. También para ti, Juan Luis, por tanto, a partir de hoy.

*Corpus ad vestem accommodare*, reza el dicho latino. Hay que acomodar el cuerpo al vestido, a la toga. Hay que acomodar la persona al puesto que ocupa. A la silla "V" mayúscula de la Academia Española en este caso. Juan Luis Cebrián: sé bienvenido.





Este libro  
se terminó de imprimir  
en los Talleres Gráficos  
de Alef de Bronce, C. P. G., S. A.,  
Madrid, España,  
el 15 de mayo de 1997



